



El pasado cabalga sobre el presente

Texto: **Enrique Medina**

Ilustración: **Ana Fernández** (@Lusaneartisan)

Hace treinta y cinco años, tras terminar mi formación como inspector de policía en Ávila y tras tres meses de prácticas en Alicante, fui destinado a la comisaría de Toledo, donde comenzó mi carrera policial. En septiembre de 1985 alquilé una vivienda en la calle Coliseo, frente al mercado de Abastos, que acababa de terminar con una remodelación que modernizó el edificio inaugurado en 1915.

Soy una persona abierta, me relaciono bien y rápidamente congenié con el charcutero donde compraba el fiambre y el embutido de los bocadillos que me servían de cena.

Justino era una persona reservada, culta, con muchísima intuición, con gran visión de futuro. Una no-

che coincidimos tomando una caña en un bar de la Plaza Mayor y, tras dos cañas, compartió la inquietud que le producía la apertura del primer hipermercado a pocos kilómetros de Toledo. Ya comenzaba a notar que algunos clientes habituales acudían con menor frecuencia al mercado e incluso las compras de algunos productos como jamones por piezas habían decaído bastante.

-Va a ser el final del mercado tradicional, del comercio de cercanía. Si no nos adaptamos a lo que viene, ya podemos ir echando la persiana.

Su pronóstico se fue cumpliendo. La facturación disminuía mes a mes. En un año sus ingresos decrecieron alrededor de quinientas mil pesetas, unos

tres mil euros actuales. Era una cantidad muy considerable para aquella época, por lo que decidió pasar el negocio antes de verse abocado a la ruina.

Decidió tantear en varios pueblos de la costa levantina, -como dicen los expertos, un estudio de mercado-, antes de instalarse en un pueblecito muy tranquilo, situado a 40 kilómetros de Alicante. Durante un par de meses me llamaba por teléfono los domingos por la tarde, que era el único momento en que cerraba su tienda. El primer domingo que no recibí la habitual llamada apenas le di importancia. Al siguiente ya comencé a preocuparme, tuve un extraño presentimiento. No tenía su número, por lo que llamé al cuartel de la guardia civil que había en el pueblo a ver si, cuando tuvieran un momento, se pudieran pasar por el negocio de Jacinto.

A los dos días recibí una llamada del cuartel comunicándome que mi amigo había desaparecido. Se marchó de la tienda el domingo a las tres de la tarde. Desde ese momento no se sabe nada de él, porque ni siquiera llegó a su casa.

Durante unos días no logré quitarme a Jacinto de la cabeza, hasta que poco a poco me fui olvidando.

A los tres años ascendí a inspector jefe. No obtuve una de las primeras plazas de la promoción, por lo que apenas tuve opciones de elegir destino, aunque uno de los que quedaba era Alicante, ciudad de la que guardaba muy buen recuerdo de mis tres meses de prácticas, por lo que opté por regresar allí.

Mi primer trabajo fue una operación contra un grupo dedicado a la trata de blancas en el pueblo donde perdí la pista de Jacinto. La operación fue un éxito, se detuvo a todos los componentes de la banda en una intervención rápida y segura. En un primer momento no caí en la cuenta de donde estaba. Al regresar, mucho más relajado, observé un local con un rótulo que ponía: Charcutería Jacinto. El corazón me dio un vuelco y pedí al conductor del k que diera la vuelta.

La persona que estaba tras el mostrador llevaba poco tiempo y apenas conocía a nadie. Me dijo que volviera por la mañana, que era cuando estaba la dueña.

A la mañana siguiente llamé al local desde mi despacho y tras hablar con la propietaria, tuve la sensación de que esta mujer ocultaba algo por su cortante respuesta a cualquier pregunta que hice. Decidí acercarme en mi primer día libre, y me

dirigí al cuartel de la guardia civil, donde tuve la fortuna de hablar con la cabo Martínez que fue la persona que me informó sobre la desaparición de mi amigo.

—Desde aquel día no se le volvió a ver por el pueblo. Algo tuvo que suceder para que se evaporase de ese modo, era una persona un poco extraña, aunque bastante integrado, o al menos eso parecía. Personalmente me hubiera gustado abrir una investigación, pero al no la ver denuncia por desaparición, ni el más mínimo indicio de delito, el sargento no lo consideró necesario.

Me acabo de dar cuenta, la actual dueña y su amigo eran paisanos.

—¿De Toledo?

—Sí.

—No puede ser casualidad. Pasaré por el local.

Volví a la charcutería, cuando tuve delante a la propietaria, un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Su mirada me resultaba conocida, no era capar de saber por qué, aunque había algo en ella que me producía sensación de familiaridad. Su actitud tampoco ayudó, porque al verme enrojeció, se convirtió en un manojo de nervios, y sin disimular se marchó a la trastienda. Me di cuenta, aunque no quise creerlo, que la propietaria era Jacinto, por eso, 'la nueva propietaria' también era de Toledo. Desapareció el tiempo necesario para convertirse en mujer y cambiar su identidad.

Por un momento tuve la tentación de entrar hacia el fondo del negocio, pero preferí respetar la decisión de Jacinto y marchar como si no la hubiera reconocido.

Residí durante cuatro años en Alicante. El día que me comunicaron el nuevo destino tuve un rato de bajón porque me encantaba la ciudad, el grupo era casi una familia, y que decir del clima. Tardé poco en recomponerme porque tenía asumido que en esta profesión era difícil echar raíces.

Hasta regresar a Toledo, donde busqué mi último destino, estuve tres años en Albacete, cinco en Vigo, dos en Cádiz y tras el ascenso a Comisario, cinco en Huelva, cuatro en Ávila, y cinco en Madrid, el primero en Usera, mi barrio, el lugar en el que nací, crecí y desperté a la vida. Los primeros días en el lugar de mis primeras correrías fueron un pequeño tormento emocional por los recuerdos que se presentaban

en cualquier recodo. Pasé el peor momento al pasar por la casa de mis padres, desgraciadamente fallecidos hace unos años.

Poco a poco logré obviar el entorno para centrarme en mi nuevo cometido. Era mucho más tranquilo de lo que pensé, no tenía nada que ver con mis recuerdos de adolescencia al final de los años setenta, donde el paisaje del yonki pinchándose en la calle y el atraco navaja en mano era lo más habitual. Estuve a punto de caer en una tremenda depresión a causa de los recuerdos que me azuzaron los fantasmas de muchos chavales con los que compartí andanzas y que ya no estaban entre nosotros. Siempre me consideré afortunado por haber salido ileso, sin un solo acercamiento a la droga que en aquellos años y en estos barrios, arrancó de cuajo la adolescencia, la juventud, e incluso terminó por quitar la vida a muchos jóvenes, cuyo único pecado fue nacer en el lugar y en el momento más inadecuado.

Consulté los archivos para comprobar si alguno de mis amigos o compañeros que cayeron en la desgraciada ruleta del perico, caballo, pegamento, o cualquier otra mierda de la época, seguían residiendo en el barrio. Por desgracia, la mayor parte de ellos habían muerto tras ser devorados por las fauces de la droga.

Pasé algún mal trago cuando de vez en cuando me cruzaba con ancianos, que yo no reconocía, pero ellos a mí sí. Eran padres o madres de alguno de los chavales que he comentado más arriba. Cuando me preguntaban qué tal me iba la vida, a qué me dedicaba, nunca tuve el valor de decir que era policía y en este momento el comisario de Usera. Supuse que sería recordarles amargos momentos en los que tuvieron que ir a dependencias policiales, juzgados, o incluso talegos como Carabanchel para poder ver a sus hijos.

A los nueve meses no pude más y usando el enchufe de mi amigo Manuel, jefe superior en Madrid, me trasladaron a Leganés donde pasé cuatro agradables y tranquilos años, hasta que a los cincuenta y seis años logré regresar a Toledo, con la intención de vivir lo más plácidamente posible los últimos años de profesión.

Una vez instalado, por pura inercia, me dirigí al Mercado de Abastos. Pese a que había descendido el número de tiendas abiertas, y se había incorporado un pequeño supermercado, me siguió pareciendo un lugar agradable, acogedor. La charcutería de Jacinto era uno de los locales fagocitados

por el mini super. No quiero pensar en su reacción si regresara y lo viera.

A la semana de incorporarme, Uceda, el inspector jefe, me pasó una llamada.

—Comisario, un comandante de los picos quiere hablar con usted.

—¿No ha dicho su nombre?

—No, quiere hablar exclusivamente con usted.

—Bueno, pues pásame la llamada.

—Buenos días comisario Arjona, soy la teniente Martínez.

—¿La que conocí como cabo en Alicante?

—La misma. Parece que a los dos nos ha ido bien.

—Me alegro de volver a hablar con usted, han pasado veintitantos años.

—Veinticuatro, para ser más exactos. Le llamo para darle noticias del amigo que buscaba en aquellos años.

—No me diga que ha encontrado a Jacinto.

—Hace veinticuatro años. En este momento es cuando estoy autorizada para ponerme en contacto con usted, porque el jueves de la semana pasada su amigo marchó hacia Toledo. Antes de salir me entregó una carta que debería hacerle llegar personalmente y colaborar con usted, si en el día de ayer no había regresado. No puedo contarle más, debo ser discreta. Esta misiva le contará su vida de estos años.

Si le parece adecuado, mañana saldré para Toledo.

—Encantado de recibirla. Me encargaré de buscar alojamiento para unos días.

A los dos días Martínez llegó a Toledo para una estancia, en principio de tres días. Fui a buscarla al hotel y tras cenar en un restaurante de la Plaza Mayor, junto al mercado de abastos, me hizo entrega del sobre.

En cuanto estuve en casa abrí el sobre y con bastantes nervios me dispuse a leer la carta. Pedía disculpas por la desaparición, y por haber vuelto a huir el día que me presenté en la charcutería del

pueblo. Fue perfectamente consciente de que pese a su cambio la reconoció. Tuvo miedo de que su secreto pudiera salir a la luz. Le pesó mucho su falta de confianza en mí, y me pedía que la comprendiera porque no fue nada fácil. Su actual filiación era Vanesa Guerra Roldán, -intercambió el orden de sus apellidos-. Trabó amistad con la entonces cabo Sonia Martínez, poco a poco se enamoraron, y desde entonces comparten la vida.

El final de la carta tenía un claro aroma a tragedia:

—No me encuentro bien de salud. Por si no vienen bien dadas, voy a regresar a Toledo para visitar la tumba de mis padres y volver a ver a mi hermano, pese al miedo que me produce su reacción de troglodita. Cuando le puse al corriente de mi nueva vida amenazó con matarme si me presentaba de nuevo por aquí. Si estás leyendo esto es porque algo me ha sucedido. Sonia desconoce Toledo, no quiero que hable con sus compañeros, por eso he pensado en ti. Si Borja cumple su palabra, entre los dos le enviareis al sitio que le corresponde.’

El último párrafo me puso los pelos de punta. No quiero interpretar que nos esté diciendo que le demos matarile.

A la mañana siguiente pasé por el hotel a recoger a Sonia, y aunque supuse que conocería gran parte de la carta, se la entregué para que pudiera leerla. Observé con atención, y deduje que desconocía el último párrafo. Me miró fijamente a los ojos.

El último párrafo da miedo. Estoy dispuesta, si usted puede, a comenzar su búsqueda desde este mismo instante.

Acudimos a la comisaría, puse a Uceda al corriente. La teniente y yo nos pondríamos en marcha desde este momento. Le pedí que escogiera a los dos mejores inspectores para intentar encontrar a Vanesa, dado que el tiempo podría ser crucial para encontrarla con vida.

Metimos los datos de su hermano en el archivo para encontrar su domicilio. Tenía varios antecedentes por violencia de género, peleas en locales públicos, y atentado contra la autoridad tras agredir a dos municipales que fueron a detenerle tras haber propinado una brutal paliza a su segunda mujer. Se le

relacionaba, aunque nunca pudo demostrarse nada, con un grupo que traficaba con coches robados.

Con este angelito no me atreví a ir solo con Sonia. Nos desplazamos junto a Uceda y sus inspectores. No entiendo como no pudieron relacionarle nunca con ningún grupo criminal, porque el chale en el que vivía no costaría menos de 1 millón de euros, y su teórica profesión era comercial de hostelería.

Nos recibió como esperábamos, con una gran dosis de chulería, e incluso insultándonos. No quise entrar en sus provocaciones y nos marchamos, algo que le descolocó bastante. Uceda dejó a los dos inspectores haciendo una discreta troncha y nos acompañó a visitar a un juez que, si le presentaban un caso firme, o al menos con sospechas fundadas, no tenía ningún problema en conceder una orden de registro.

Para la operación se desplazó un equipo de Geos, a los que dieron cobertura exterior ocho agentes, cinco inspectores y Uceda. La alimaña opuso muchísima resistencia y costó un gran esfuerzo reducirle. Acudimos con agentes caninos especializados en búsqueda de seres humanos por si hubiera sido necesario buscar por la enorme parcela. Por fortuna, Vanesa estaba viva, la tenía retenida en un zulo que había construido en el sótano. Estaba semi desnuda, deshidratada, con gran parte del cuerpo amoratado por los golpes.

Mandé salir a todo el mundo, a excepción de Sonia, que estuvo junto a ella hasta la llegada de los sanitarios, acompañándola al hospital Virgen de la Salud. A la semana mejoró lo suficiente para recibir el alta hospitalaria y poder volver a su casa.

Durante bastantes días la ciudad no paró de hablar sobre la tortura de Borja a su hermana. Por fortuna, el secreto de Vanesa quedó a salvo, porque nadie se acordaba de Jacinto el charcutero, y ni siquiera a Uceda le había hecho partícipe del secreto.

Mi regreso a Toledo fue mucho más ajetreado de lo que pensé. Tras este episodio, tuvimos varias operaciones duras. Aunque tenía pensado jubilarme a los sesenta y cinco años, fui plenamente consciente de que ya no estaba para estos trotes. El día que cumplí sesenta decidí que la placa pasaría a ser un recuerdo en la tranquila y relajada vida que había planeado.